



cultura.elporvenir@prodigy.net.mx

Agora

DE PAPEL

El Porvenir Cultural

MONTERREY, N.L. DOMINGO 12 DE ENERO DE 2020

Olga de León / Carlos A. Ponzio de León

Fantasías románticas: antiguas y modernas

LA PRINCESA Y EL ROSAL MÁGICO
OLGA DE LEÓN

Hace cientos de años, en tierras muy lejanas, existía un reino al que todos los que lo conocían tenían por mágico. Todo a su alrededor era próspero, hermoso y agradable a la vista. Hasta los humildes, los pobres en riquezas, tenían lo suficiente para vivir tranquilos y felices.

Y, si algo les preocupaba, era que la educación y crecimiento de sus hijos fuera siempre en ascenso y que sus tierras siguieran produciendo para vivir de ellas. Ya fuera a través del trueque de mercancías o por la venta de lo que les restaba después de almacenar para las épocas de “vacas flacas”; como por allí le decían a los años de poca lluvia, escasez de semillas o falta de ayuda para cosechar.

El cielo por esas regiones siempre era azul, limpio y claro, salvo cuando llegaba alguna tempestad empujada por un ciclón que jamás causó daños realmente graves, más bien fortificaba las tierras y permitía una colecta más abundante y al tiempo, alejaba las plagas, especialmente si llegaba en invierno con temperaturas muy frías o congelantes; pero, el mal tiempo nunca se quedaba por más de tres o cuatro días.

Empezaba la primavera, y las rosas que florecieron abundantes y sanas con sus multicolores hermosos seguían asidas a sus tallos, y estos firmes en el rosal, cuyas raíces se nutrían de la humedad que conservaban y con el calor del sol de esos días ya más cálidos que templados. Todas las casas, por pequeñas y humildes que fueran tenían en sus jardines dos o tres rosales al frente, adornando la entrada al hogar.

En el castillo de aquel pequeño reino, que se encontraba en lo más alto del lomero que rodeaba a la comarca, a un lado del resto de las casas y construcciones del pueblo, incluida la iglesia, la cual estaba en el centro, ligeramente abajo del castillo de los reyes, allí vivía la familia real a la que todos sus súbditos amaban, pues el rey, la reina y su Corte real siempre se habían ocupado de que a nadie de su Comarca le faltase lo necesario para ser felices, y no solo para sobrevivir.

En la residencia real, los rosales engalanaban toda la vista a la entrada y las partes laterales del castillo. Crecían rosales, casi como crece el pasto, por doquiera. Excepto en la parte trasera, donde más bien había árboles y arbustos tanto frutales, como de sombra o simple ornato.

El patio era una especial parte privada para el descanso y solaz de la familia, tenía caminos que conducían al otro lado de las lomas, o guías de césped y pequeñas florescillas multicolores que formaban figuras elegantes y dinámicas para recorrer los caminos próximos al castillo, con algunas fuentes y un par de lagos en donde siempre podía encontrarse patos, cisnes, grullas y otro tipo de aves, propias de esos lugares. También había una laguna y algunos arroyos, por lo que la alimentación marina era igualmente próspera en la región, a donde confluían las aguas del mar durante cierta época del año, y entonces los arroyos se volvían casi ríos de agua salada. El lugar, realmente era como un cuadro saca-



do de una fantástica pintura o de la ficción de un romántico narrador.

Pero, he aquí que entre tanta belleza, sobresalía un gran rosal de rosas blancas que jamás, en ningún momento, dejaba de florear. Curiosamente, los jardineros trataban de mantener al rosal a cierta altura, de cierto tamaño, pero este crecía el doble cada seis meses. Así, llegó hasta el tercer nivel del castillo, y lucía sus rosas blancas ante la ventana de la alcoba de la princesita, quien a la sazón tenía trece años.

Alcanzada esa altura, el rosal dejó de crecer, mas no dejó de estar plétórico de bellas flores, todas de frondosos pétalos blancos.

La niña solía levantarse y puesta su mirada en el rosal, daba gracias al cielo, a sus padres y a la naturaleza por la belleza que contemplaba desde la mañana hasta la noche, antes de ir a la cama. También, cuando salía al patio se alejaba un poco del castillo, para alcanzar a ver la corona de rosas blancas que portaba su rosal, y desde ese punto lanzaba un deseo al viento que dirigía a sus rosas: “Nunca dejen de florecer, porque el día que lo hagan, ese día yo moriré”. Ese era siempre su único deseo, y luego de pensarlo y decirlo muy bajito, sonreía feliz con la vida y con su rosal.

Las rosas blancas parecían entenderle, pero al mismo tiempo lucían cierta preocupación que se dejaba ver cuando inclinaban sus pétalos hacia la tierra, pues sentían el peso de la responsabilidad con la que la princesita las comprometía. No obstante, ellas siguieron floreciendo sin que se viera que envejecían o tiraban sus pétalos marchitos. Quizás lo hicieran de noche, mientras todos dormían.

La princesita que por años había padecido una enfermedad fatal, una mañana ya no se levantó de la cama. Ese día, al faltarle la oración de su niña, el rosal irrumpió en la habitación a través del cristal de la ventana que rompió con la ayuda del viento, quien lo impulsó... Y sus rosas fueron a dar a los

lados, pies y cabeza de la niña, rodeando su cuerpecito; así murió el rosal de las rosas blancas, el que vivió para cuidar de su princesita amada.

MÁQUINA DE CAFÉ

CARLOS A. PONZIO DE LEÓN

Manuel golpeó suavemente el aparato con el que detectaba si había corriente eléctrica transitando dentro de la máquina de hacer café. El restaurante contaba con dos de esos aparatos, por lo que no suspendió la venta de café cuando uno de ellos se descompuso.

Manuel sacó de adentro de la máquina: un tubo enrollado en papel aluminio. Había que limpiarlo cuidadosamente, acomodarlo otra vez en su lugar y reconectar los cables. Realizó el trabajo lentamente, con toda la paciencia que era necesaria para que la cafetera volviera a funcionar.

Cuando terminó, echó a andar la máquina y esta funcionó correctamente. Recibió el visto bueno por parte del gerente del restaurante y se dirigió a la caja a ordenar un café. Se sentó en una mesa y encendió su computadora para revisar el resto de su ruta de ese día: una cafetería al sur de la ciudad y otra en el centro. Cafeteras que conocía muy bien y que no tendría mayor problema en arreglar.

Apagó su laptop y salió del café rumbo a su auto. Condujo hasta Eugenio Garza Sada y llegó a El Cafeto. Al entrar al lugar se topó con una mujer hermosa sentada frente a una mesa redonda: una comensal de cabello largo y lacio que escribía un mensaje por celular. Manuel quería acercarse, sacarle plática, conocerla, hacerse su amigo; pero no sabía cómo. La mujer comenzó a grabar un mensaje de voz y a Manuel le pareció que era la de un ruiñeñor que aletea alas multicolores.

Manuel se dirigió con el gerente del local, se presentó, preguntó por la máquina descompuesta y pidió permiso para dirigirse a ella. Comenzó a desarmarla. De

frente tuvo a la mujer que había llamado su atención, hasta que no pudo más y se acercó para encontrarla. “Buenas tardes, soy el técnico que vino a arreglar la cafetera. ¿Alguna vez has probado el café aquí?, ¿qué te parece?”

La chica primero sonrió. Quería responder con la verdad, que ella no bebía café, pero se dio cuenta que esa respuesta terminaría con la charla, y era evidente que a ella también le atraía Manuel. “Aún no lo he probado”, respondió. “No te preocupes, en una hora quedará lista la cafetera, y yo te invitaré uno para para que me des tu opinión”. Ella sonrió nerviosamente y dijo: “La verdad es que no bebo café”, y se adelantó para continuar: “me puedes invitar un té.” Manuel se sintió brillar. Se sentía grande, agraciado como el árbol más alto del Cerro de la Silla. No sabía si volver a la cafetera, o tomar asiento. “Necesito terminar de arreglar la máquina. ¿Me esperarías?” Ella dijo que sí; traía un libro para leer: novela romántica que había comprado en un Sanborns.

Manuel volvió a la cafetera, nervioso, dispuesto a realizar el trabajo lo más rápido posible. Sacó el tubo, lo limpió, lo volvió a acomodar y reconectó los cables. Quiso echar a andar la máquina; pero no funcionó. Repitió el procedimiento, y nada, tampoco funcionó. Entonces inspiró profundamente. Volvió a repetir el procedimiento; esta vez, lentamente. Notó que el tubo enrollado en aluminio tenía una pequeña avería. La resanó con sellador, volvió a envolver con cuidado, colocó y reconectó. Esta vez, la cafetera funcionó.

Para cuando Manuel se sentó a la mesa de la chica, ella estaba cansada de esperar. “Vayamos a otro lado”, le propuso. Fueron al cine. Se besaron. Tuvieron un noviazgo de tres años y un 18 de agosto, se casaron. La luna de miel fue corta, pero fue la culminación de la espuma de la botella de Champaign que se derrama de gloria en la misma copa.



Anne Bronte

Anne Bronte fue la menor de los seis hijos que tuvieron Patrick y Marie Bronte. Nació el 17 de febrero de 1820 en Thorton, Yorkshire, es decir hace dos siglos, y murió el 28 de mayo de 1849 en Scarborough, Yorkshire. Fue una poeta y novelista inglesa a quien se deben las novelas Agnes Gray y El inquilino de Wildfell Hall (1848), principalmente. Con sus hermanas Charlotte y Emily gustaba de crear juegos literarios y poéticos que disfrutaban en la intimidad de su casa. Con la última, de acuerdo con biografías de las hermanas, creó el mundo imaginario de Gondal, donde se desarrollaban sus historias caseras.

Su educación formal la cumplió entre 1835 y 1837 en el internado de Miss Margaret Wooller y dos años después, es decir cuando apenas contaba con 19 años, buscando ayudar a la débil economía de su familia, se empleó como institutriz, del que salió pronto, pero entre 1841 y 1845 ocupó la misma posición en la casa de la familia del clérigo Edmund Robinson, donde habría de vivir todas las historias y crearía otras más para integrar su novela Agnes Gray. Cedió su plaza a su hermano Branwell, quien consiguió ser despedido por enamorar a la esposa del religioso.

Por esta razón, al poco tiempo dicho hermano se unió a la casa de la familia Bronte jurando que dicha mujer era el amor de su vida. En casa, Anne retomó la costumbre de crear y escribir junto con sus hermanas, aportando 21 piezas a la publicación Poemas de Curren, Ellis y Acton Bell (1846), seudónimo que adoptaron las hermanas para poder publicar, pues en esa época era casi imposible que las mujeres lo pudieran hacer. Los nombres adquiridos repetaban la primera letra de los nombres reales de las tres: C de Charlotte, Ellis de Emily y A de Anne.

Al año siguiente, Charlotte publicó Jane Eyre, que recibió una buena recepción, y apenas un poco después lo lograron Emily y Anne, con Cumbres Borrascosas y Agnes Gray. Las tres piezas habían sido bien recibidas, acaparando reflectores privilegiados la pieza primera, lo que a decir de varios conoedores propició que Anne publicara pronto su siguiente novela, la ya mencionada El inquilino de Wildfell Hall, que salió a través de tres volúmenes en junio de 1848.

Fue la desdicha la que decidió que al poco tiempo de esta publicación Anne cayera enferma de tuberculosis, un mal muy común en esa época y que le acarrearía a la muerte en mayo siguiente.

Sobre su obra más conocida, Agnes Gray, el crítico Moore la describió como una obra “simple y hermosa como un vestido de muselina”. La otra obra que alcanzó a publicar, narra la amarga existencia vida del esposo del personaje central de la primera novela, describiendo su libertinaje y degradación hasta su pérdida total. Por contravenir un principio calvinista, de que todas las almas se pueden salvar, dicho trabajo literario no tuvo una buena recepción.

Sin embargo, algunos críticos han encontrado en esta libertad literaria tomada por la hermana menor de las Bronte como el espacio buscado por ella misma para desplegar su creatividad artística.

ad pédem literae

“El silencio es tan profundo que casi hace daño en los oídos.”

Haruki Murakami

Letras de buen humor

“A menudo me he tenido que comer mis palabras y he descubierto que eran una dieta equilibrada.”

Winston Churchill

Aída Castro

¿Cómo nació el Día del Periodista?

“Toca a los periodistas de toda la República realizar una obra constante de enseñanza y de rectificación”, dijo el ingeniero Félix F. Palavicini durante la Asamblea de la Prensa Asociada de los Estados reunida en Veracruz el 16 de octubre de 1922. En dicha asamblea se aprobó la iniciativa del delegado yucateco Duarte Moreno de celebrar en toda la República el Día del Periodista, en recuerdo de la muerte del reportero Juan Sarabia.

La sesión de clausura del periodo de sesiones de la Prensa Asociada de los Estados se realizó en el Teatro Principal, donde Palavicini, fundador de este diario, recibió un cálido homenaje. Al término de la velada se cantó el Himno de la Prensa con música del maestro Mario Ruíz y letra del doctor Juan Solórzano Morfín, de acuerdo con la nota publicada.

Hoy se conmemora el Día del Periodista en recuerdo de Manuel Caballero, considerado el primer reportero mexicano porque con él se inició el periodismo profesional y concluyó el ideológico de acuerdo con Florence Toussaint en su libro Periodismo Siglo Diez y Nueve y la Enciclopedia de México.

En México se hicieron varios intentos por instituir el Día del Periodista como aquel de 1922. La fecha fue cambiando hasta el 7 de julio de 1954, cuando el Sindicato Nacional de Redactores de la Prensa estableció entre otros acuerdos, celebrarlo el 4 de enero del año siguiente, en homenaje nacional a los periodistas que tuvieran 25 o más años de ejercicio profesional.

El 4 de abril de 1927 con el estreno de la obra “Viacrucis”, en el Teatro Arbeu, se les festejó a los profesionales de la pluma. El 10 de abril se les realizó una recepción oficial en Chapultepec con personajes de todas las esferas. Durante el gobierno del presidente Manuel Ávila Camacho y con motivo de la Semana de las Bibliotecas realizada el 8 de mayo de 1942, se recordó a los reporteros.

El 31 de julio de 1945, por iniciativa del diario El Mundo en Tampico se organizó el Día del Periodista, el cual propuso se realizara de forma anual en el puerto, con el objeto de propagar la idea de honrar al periodista en todas las ciudades de importancia de la República. La ceremonia recordó a los colegas muertos en Tampico y al primer periodista de América, el obispo Ignacio de Castorena Ursúa y Goyeneche, fundador de La



Gaceta de México (1812).

El 28 de agosto de 1947 durante el Primer Congreso de Periodistas Veracruzanos se acordó instituir en toda la nación que el 23 de agosto se recordara a los periodistas. La iniciativa no tuvo mucho éxito y fue el 29 de octubre de 1948 cuando se realizó un festival dedicado a los periodistas metropolitanos en la escuela “República de Costa Rica”, organizado por el Sindicato Nacional de Redactores de la Prensa, que surgió en 1923.

El 30 de enero de 1950 se conmemoró en Monterrey con diversos actos sociales bajo el patrocinio de diarios y revistas locales, además de un banquete en el salón de la Quinta Calderón. Varios oradores se refirieron al periodismo como un sacerdocio, y recordaron a los reporteros Eduardo Martínez Celis,

Eusebio de la Cueva y Jesús Cantú Leal. El 4 de enero de 1955 el Sindicato Nacional de Redactores de la Prensa organizó la celebración del gremio periodístico.

En el acto se hizo especial mención de la figura del periodista Santiago R. de la Vega, así como un recordatorio de los compañeros caídos en el cumplimiento del deber a través de una síntesis del periodismo mexicano.

La situación que hoy enfrentan los reporteros ha dejado de lado los festejos para dar paso al reclamo por aquellos que han perdido la vida en cumplimiento de su deber. De 2000 a la fecha han sido asesinados 131 reporteros, de acuerdo con Artículo 19

El 4 de enero de 2019 en Veracruz, los familiares de periodistas asesinados pidieron justicia.